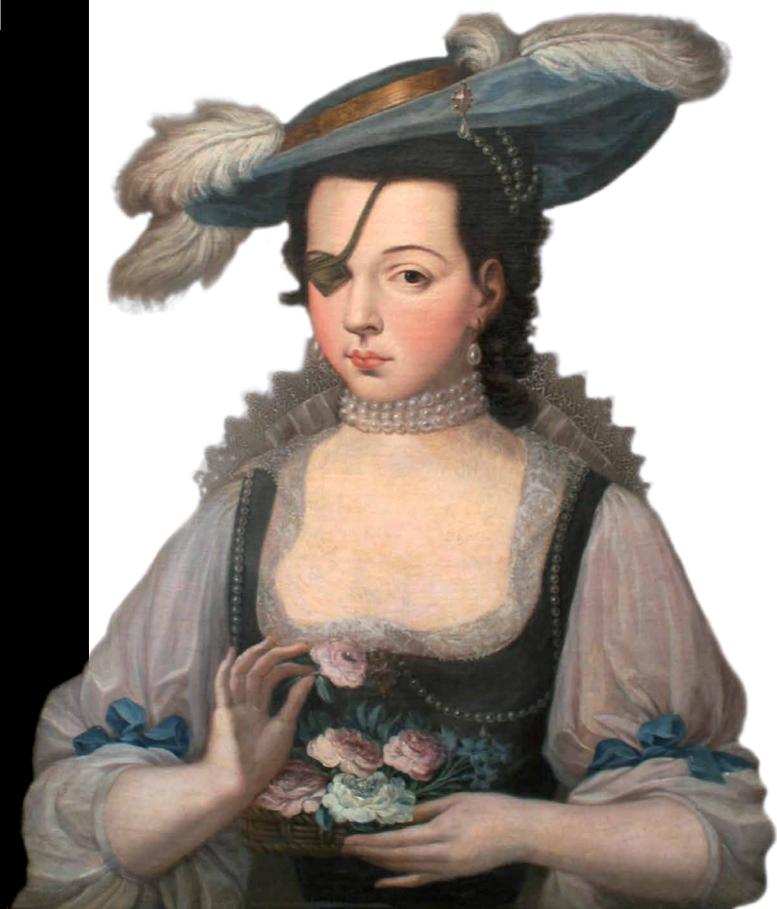


La princesa de Éboli Cautiva del rey

Vida de Ana de
Mendoza y de la Cerda
(1540-1592)

Helen H. Reed
y Trevor J. Dadson



COLECCIÓN LOS HOMBRES DEL REY

LA PRINCESA DE ÉBOLI CAUTIVA DEL REY

VIDA DE ANA DE MENDOZA
Y DE LA CERDA (1540-1592)

UNA OBRA DE
HELEN H. REED
Y
TREVOR J. DADSON



PUBLICADA POR
CENTRO DE ESTUDIOS EUROPA HISPÁNICA
Y
MARCIAL PONS HISTORIA
EN MADRID

AÑO MMXV

∞ PRÓLOGO ∞

*BUSCANDO LA OTRA VOZ: LA PRINCESA DE ÉBOLI EN LA HISTORIA DE ESPAÑA.
HACIA UNA NUEVA LECTURA DE UNA MUJER DE MALA REPUTACIÓN¹*

Tropecé por primera vez con Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli, en 1976 cuando visité Pastrana y su monasterio franciscano, entonces una escuela de chicos durante el año escolar y un centro de congresos durante el verano². Mientras asistía a un congreso internacional sobre la novela picaresca, que se reunía en Madrid y Pastrana, vi los murales del siglo XVII de la fundadora del convento, la santa y escritora carmelitana, Teresa de Ávila, y sus benefactores, los príncipes de Éboli. Me intrigaba la representación de la princesa, el parche negro que cubría un ojo, su cara reluciente en forma de corazón, su cuerpo pequeño arrodillado mientras rezaba al lado de su distinguido marido, Ruy Gómez de Silva, secretario de Estado y favorito de Felipe II. Llevaba algún tiempo buscando a una escritora del Siglo de Oro que estudiar. La había encontrado, aunque no fuera estrictamente escritora.

Investigando un poco más, descubrí que la princesa de Éboli, que vivió de 1540 a 1592, es un personaje histórico muy conocido de mu-

¹ Lo que sigue son unas reflexiones personales de Helen Reed, con aportaciones de Trevor Dadson.

² La mitad del edificio sigue siendo monasterio y museo, mientras que la otra mitad es ahora un hotel. Durante el siglo XIX el convento original carmelita de San Pedro fue adquirido por los franciscanos.

chos españoles. El ojo cubierto que había despertado mi curiosidad es el rasgo más distintivo, su emblema se podría decir, que la identifica para mucha gente. «Ah, la tuerta», dirán. Saben que hay algo escandaloso acerca de ella, pero no lo tienen muy claro. Finalmente, mascullan algo de que había sido amiga de Antonio Pérez, otro secretario de Estado de Felipe II, que huyó al exilio para escapar de la pena de muerte. Camilo José Cela, en su *Nuevo viaje a la Alcarria*, codifica la manera en que algunos recuerdan a la princesa de Éboli: «la gente, puede que para abreviar, suele decirle o la tuerta o la puta»³. Yo, sin embargo, nunca he oído a la gente llamarla la puta, pero sí, con mucha frecuencia, la tuerta.

Al paso de los años, otros recuerdos de la princesa de Éboli y sus contemporáneos han aparecido y desaparecido en el Madrid moderno. Los cómicos Tip y Coll contaban el chiste sobre el hotel Éboli, que te cuesta «un ojo de la cara». Hay ahora mismo más de tres establecimientos en Madrid con su nombre: la cafetería Éboli en la plaza de la Luna, la cervecería Éboli en la plaza Mayor y la galería Éboli en la plaza de Ramales⁴. Un bar en la calle Huertas se llamaba «la Éboli», pero cerró pocos años después de abrir. El barrio vecino, conocido como «El Barrio de las Letras», es donde vivieron muchos escritores célebres durante los siglos XVI y XVII.

En el cercano Pinto, donde estuvo presa unos seis meses en 1579, se encuentra ahora un gran centro comercial llamado Plaza Éboli. Y en su villa de Pastrana abundan los recuerdos de la princesa: la cafetería Éboli, una pastelería Éboli, un restaurante Princesa de Éboli; y por todos lados se encuentran copias de su retrato.

De vuelta a Madrid y no muy lejos de la Puerta del Sol, por detrás de El Corte Inglés, se encuentra el convento de las Descalzas Reales, ahora devuelto a su antaño esplendor artístico. Lo fundó Juana de Austria, hija del emperador Carlos V y viuda del príncipe Juan de Portugal. Juana enviudó de su marido de dieciséis años después de un matrimonio muy corto justo antes del nacimiento de su hijo Sebastián, heredero de la Corona portuguesa. Como hermana de Felipe II, volvió a España para actuar de regente durante sus ausencias de la

³ CELA 1990, p. 228.

⁴ Véase www.nachoares.com/princesa/ebolimania.

Península entre 1554 y 1558, dejando a su recién nacido hijo en manos de la reina madre de Portugal, doña Catalina de Austria. Doña Juana era una de las varias mujeres poderosas que se hicieron amigas de la princesa de Éboli en la corte y que la apoyaban.

En la plaza del Cordón hay una casa alquilada en su día por Antonio Pérez, al lado de la pequeña y hermosa iglesia barroca de San Justo. Pérez saltó de un balcón de la casa para escapar de los alguaciles y entrar en la iglesia que entonces estaba allí, en el mismo lugar, para acogerse a sagrado. Sirvió de poco, ya que las autoridades entraron en la iglesia y lo prendieron y encarcelaron. Sin embargo, el exquisito palacio de verano de Pérez, La Casilla, ya no existe, ni las casas madrileñas de la princesa de Éboli y del asesinado Juan de Escobedo, que se hallaban en el barrio de Santa María, muy cerca del Alcázar Real.

Hace unos veinte años, en la Feria del Libro en el parque del Retiro, di con la traducción española de la novela histórica de Kate O'Brien sobre Ana de Mendoza, *Esa Dama* (en su inglés original: *That Lady*)⁵. Según *El País*, la traducción española de la novela se vendía bien, e incluso se comentaba que al rey Juan Carlos le había gustado mucho. Hace unos ocho años, en 2007, se reimprimió la traducción, sin duda debido al gran interés en la princesa de Éboli. En la Feria del Libro de 1998, alguien disfrazada de Ana de Mendoza y con un parche negro en el ojo, vendía ejemplares de una novela histórica escrita por una de sus descendientes, Almudena de Arteaga⁶.

Más tarde, aquel verano de hace veinte años, mientras leía la autobiografía de María Teresa León, mujer del poeta Rafael Alberti, encontré una breve mención a Ana de Mendoza. Durante su adolescencia en Madrid, María Teresa había ido a un colegio privado de chicas que una vez fue un palacio. En la pared de un aula colgaba el retrato de una cortesana del siglo XVI, que llevaba un vestido de brocado, un collar de grandes perlas, un colgante de joyas, y una gorguera ancha de encaje, todo el conjunto típico del manierismo. Llevaba el pelo enjoyado recogido con un tocado alto. El parche negro que cubre un ojo pica la curiosidad de las niñas, que se preguntan quién será y cómo

⁵ O'BRIEN 1998 y 2007.

⁶ ARTEAGA DE ALCÁZAR 1998.

era su historia. El día siguiente, una de ellas, hija de un miembro de la Real Academia Española, contesta las preguntas en clase de manera clandestina. De una a otra se va pasando la información, en apuntes escritos y apartes: «Mi padre dice que era una puta»⁷.

A pesar de, o tal vez a causa de, su mala reputación, en los últimos diez años más o menos Ana de Mendoza se ha convertido en un personaje menor de culto en España. Un entusiasta, autor de una página web además de un libro reciente sobre ella, se refiere al fenómeno como «Ebolimanía»⁸. Unas cuantas novelas históricas y libros y ensayos eruditos se han publicado en años recientes sobre esta mujer extraordinaria, nacida noble y poderosa políticamente durante la primera mitad de su vida, para acabar en una situación cada vez más precaria mientras, como viuda, luchaba por mantener su poder y asegurar el futuro de sus hijos. Ahora hay páginas web que llevan a uno de visita guiada por su palacio de Pastrana y los lugares que frecuentaba en Madrid; exposiciones que muestran el arte que ella inspiraba; el palacio ducal de Pastrana y la Torre de Pinto, donde fue encarcelada por Felipe II, se han restaurado y los puede visitar el público⁹; poetas y artistas encuentran en ella su inspiración y organizan lecturas poéticas y exposiciones en Madrid y los pueblos de Guadalajara donde nació y vivió durante períodos de su vida.

¿Cómo adquirió Ana de Mendoza su mala reputación para entrar en la mitología moderna popular del Siglo de Oro español? Su representación negativa empezó durante su vida con el chismorreo malicioso de la corte, como dejan constancia las cartas de sus enemigos. Se referían a ella como «Jezabel», «La Hembra» o «La Canela», este último nombre aparentemente el apodo cariñoso que le dio Antonio Pérez. Algunos de los consejeros del rey le echaban la culpa de haber alentado a Antonio Pérez a asesinar a Juan de Escobedo: «La hembra es la levadura de todo esto», escribió Antonio Pazos al rey en marzo de 1579¹⁰. El hecho de que Felipe encarcelara a Ana hizo creer a la gente que era culpable de algo, pero ¿de qué exactamente?

⁷ LEÓN 1977, p. 15.

⁸ ARES 2005 (www.nachoaes.com).

⁹ Sobre la restauración llevada a cabo en el palacio ducal véase FERNÁNDEZ-ALBA 2013.

¹⁰ CODOIN 1870, p. 170.



Alonso Sánchez Coello (atribuido a), *Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli*,
hacia 1575. Óleo sobre lienzo, 62 x 44 cm. Madrid,
colección Casa ducal del Infantado.

¿De desafiar al rey? ¿De adulterio? ¿De ser cómplice de asesinato? ¿De todo esto? ¿De nada de ello? Años más tarde, Antonio Pérez, en sus *Relaciones*, escritas desde el exilio, mantuvo vivas la leyenda de la Éboli como *femme fatale* y su aventura amorosa con ella, describiendo al rey como un tercero celoso: «Celos de Antonio Pérez con el cuerpo de aquel personaje. Celos de aquel personaje con el alma de Antonio Pérez». A aquel personaje, la princesa, la describe como «aquella joya engastada en tantos y tales esmaltes de la Naturaleza y la Fortuna»¹¹.

A partir de entonces Ana se convierte en personaje menor de uno de los tópicos de la Leyenda Negra, parte de la propaganda fomentada por los enemigos políticos de España contra Felipe II desde los inicios de su reinado, y más tarde desarrollada por los románticos para convertirla en algo más teatral, raro y exagerado. Schiller falsificó casi por completo su vida en su obra teatral, *Don Carlo*, y le siguió Verdi en su versión operística de la misma. En estas versiones, Ana es cortejada por Felipe II aun cuando está prometida al cruel secretario de Estado Ruy Gómez de Silva (que en la vida real era un hombre bueno, diplomático y bien querido). Creyendo imposible casarse con el rey, Ana se ofrece a su hijo, el loco don Carlos, que, algo desafortunadamente, está enamorado de su madrastra, la joven tercera mujer de Felipe, Isabel de Valois. Esta historia de amor complicada e incestuosa nunca ha sido tomada en serio por la mayor parte de los historiadores, y nadie más debería creerla, pero los rumores de una relación amorosa entre Ana y el rey han sido increíblemente persistentes¹².

Casi tan teatrales, pero distintas, son las versiones dadas por varios historiadores del siglo XIX, principalmente franceses, que ofrecen sus propias versiones de este fascinante escándalo español, en las que satisfacen sus sentimientos anti-españoles y su interés morboso en amoríos. Algunas de sus ideas se remontan a las *Relaciones* de Antonio Pérez y otros escritos, o a gente que escuchaba a Pérez contar su propia historia. Un cronista del siglo XVI, Jean de Gaufreteau, co-

¹¹ «Antonio Pérez a un gran personaje después de impreso y comenzado a publicar este libro». Véase ALVAR EZQUERRA 1986, t. I, p. 310.

¹² Sus secuelas se ven en GARCÍA MERCADAL 1992 y FERNÁNDEZ ÁLVAREZ 2009.

noció a Antonio Pérez cuando acompañaba a Catalina de Borbón, hermana del rey Enrique IV de Francia, a Burdeos en 1592. Pérez se deleitaba en contar a todos los que estuviesen dispuestos a escucharle cosas sobre la *femme fatale*, la bellísima Ana de Mendoza, que había causado su ruina porque se había enamorado tan locamente de ella. Cuando Gaufreteau le preguntó cómo una mujer tuerta podía ser tan bella, Pérez suspiró y dijo: «Juro a Dios que si hubiese tenido dos ojos, hubiera quemado todo el mundo»¹³.

Le interesaba a Pérez narrar y embellecer su aventura con Ana y evitar así hablar del asesinato de Escobedo, y esto lo entiende Gaufreteau, mientras que otros sencillamente creían su versión de los hechos. Por ejemplo, Brantôme, el escritor francés del siglo XVII de historia popular y altamente dramatizada, parece haber aceptado como verdad la leyenda de los amores entre Ana y Felipe. Como otros, veía a Felipe como hombre siniestro y cruel, además de celoso de la aventura apasionada de Pérez con Ana. Brantôme también acusó a Felipe de haber asesinado a su hijo don Carlos y a su joven mujer Isabel de Valois porque estaba celoso también de sus supuestos amoríos. Es verdad que don Carlos y su madrastra tenían más o menos la misma edad y que un matrimonio entre los dos se había casi negociado antes de la muerte de María Tudor, la segunda mujer de Felipe II, en 1558. Otro posible origen del rumor es sin duda la *Apología* de Guillermo de Orange, el principal enemigo de Felipe en los Países Bajos, que se imprimió por primera vez en 1581. Una versión más tardía de esta ficción sórdida se da en *Philip II: Une ténébreuse affaire* de Louis Bertrand. Otros creían que Ana y Felipe se habían enamorado, rumor que en el siglo XIX era más persistente en la misma España que en otras partes¹⁴. Una secuela de esta particular leyenda era que Rodrigo, el varón primogénito de los Éboli,

¹³ GAUFRETEAU 1877-1878, t. I, pp. 311-313, y UNGERER 1974-1976, t. I, pp. 42-44.

¹⁴ BRANTÔME 1666 y BERTRAND 1929. Sobre don Carlos véase PARKER 1979, pp. 87-95, y PARKER 2010, cap. 9, pp. 396-438. Dos obras literarias francesas de finales del siglo XVII también representan a Ana como la bella enamorada. En *Don Carlos. Nouvelle Historique* de César de Saint-Réal (1672), ella se enamora de don Carlos y, después, de don Juan de Austria. En la *Relación del viaje de España* de Madame d'Aulnoy (1691) es el rey Felipe quien se enamora de ella a causa de su increíble belleza. Véase MORÓN ARROYO 1992, pp. 136-137.

era hijo ilegítimo de Ana y el rey, en parte por ser tan rubio (¿y gracioso?) como el propio monarca¹⁵.

En su bien documentada y revisionista biografía de Ana de Mendoza, de 1877, Gaspar Muro rechazó por imposible la historia de los amores entre Ana y Felipe. La retrató como una mujer presumida y testaruda, un ejemplo y advertencia moral a otras como ella. La llamó «altiva, dominante y voluntariosa», escribiendo, a continuación, que «ninguna mujer había necesitada más que ella de la autoridad de su marido para dirigirla»¹⁶. Escribió su biografía para arrojar luz sobre el carácter del rey, pero al mismo tiempo para defenderlo. Con el deseo de comunicar una versión positiva del monarca, aumenta los defectos menores de Ana para que parezcan fallos serios. Cita extensamente a sus enemigos, e historiadores futuros citarían las mismas fuentes.

Quita importancia a la probada crueldad de Felipe hacia Ana. Una visión negativa de la princesa como mujer mala era un «otro» muy lógico de un Felipe bueno. Muro también censuró material que podría poner en tela de juicio la reputación de Felipe. Por ejemplo, no proporciona toda la información sobre el encarcelamiento de Ana entre 1590 y 1592, según él, para no causar demasiado dolor al lector. Efectivamente, el rey la hizo emparedar en un cuarto de su palacio, donde falleció lentamente de varias enfermedades, mientras suplicaba al rey y a su carcelero que le diesen luz y aire, y comunicaba con insistencia su tratamiento ilegal a su abogado. Tal vez la dura intransigencia de Felipe sugiere más bien que otra cosa una relación apasionada con ella, pero es difícil interpretar correctamente su naturaleza.

Mencionamos las parcialidades de Muro, en parte las de un caballero erudito del siglo XIX, en su de otra manera admirable biografía, en un intento de no dejarnos engañar por ellas. Su tipo de desaprobación, más suave que la de otros, es una influencia persistente en descripciones posteriores de la princesa. Por ejemplo, es notablemente parecida a la postura de Muro la de un articulista del siglo XX, Isidoro Montiel, que también afirma que una soltera haría bien en no comportarse de modo demasiado conspicuo: «No es dado a la mujer bri-

¹⁵ Véase CONTRERAS 2013, p. 23.

¹⁶ MURO 1877, pp. 47-48.

llar en el mundo sin peligro estando sola; puro se había conservado en la más alta esfera de la corte el nombre de Doña Ana de Mendoza mientras vivió su marido; en la viudez empañó su esplendor convertida en intrigante cortesana»¹⁷.

La monumental biografía de Antonio Pérez por Gregorio Marañoñ (1947, 1998) incluye mucha información biográfica sobre Ana, con un análisis genético y psicoanalítico de ella y sus antepasados. Marañoñ subraya su deseo de poder y de gobernar, heredado, dice, de su bisabuelo el Gran Cardenal, pero no creemos que las ambiciones de Ana fueran predestinadas genéticamente, como sugiere Marañoñ, ni que fueran en especial poco comunes, más bien su origen era cultural. Ella compartía valores con sus padres y su marido, y con otros cortesanos contemporáneos suyos. Marañoñ no cree que Ana de Mendoza pudiera haber sido la amante de Antonio Pérez, pensando en cambio que su alianza era política y económica. Afirma que era demasiado mayor y estaba gastada por múltiples partos para satisfacer los gustos estéticos y exquisitos de Pérez. Sin embargo, hay muchos que no están de acuerdo con Marañoñ en esto. Pérez era sensual, incluso disoluto, y manierista en cuanto a sus gustos. Parece que le atraía una amplia gama de la belleza humana, tanto masculina como femenina.

El supuesto común en todas esas versiones de la vida de Ana de Mendoza es que las mujeres orgullosas, independientes, apasionadas o rebeldes son castigadas en vida. En efecto, Ana de Mendoza representa a menudo un polo de la dicotomía tradicional mediterránea impuesta a las mujeres desde tiempo inmemorial, basado en los arquetipos bíblicos de la Virgen María contra la tentadora Eva, o lo

¹⁷ MONTIEL 1949, p. 379. La estela de Muro sigue aún en trabajos del siglo XXI, como se ve por los títulos que algunos llevan: «La princesa de Éboli. Una mujer fatal en la Corte de Felipe II» (CABOT 2002) o «Éboli. La princesa rebelde» (VILLANUEVA 2003). Véase, no obstante, la reseña del libro de Muro por TUBINO 1882, una de las pocas descripciones positivas de la princesa de Éboli que pone en cuestión toda la historiografía anterior negativa sobre ella. Como dice con fina ironía de la tesis de Muro, que fueron los amores entre Antonio Pérez y Ana lo que llevó a su prisión: «Si se hubiera de perseguir con secuestro de por vida a todas las mujeres que mediante su mayor o menor intimidad con los ministros perturbaban los negocios del Estado, en verdad que las cárceles estarían repletas de criaturas más o menos distinguidas, sin que el mal se corrigiera». Véase TUBINO 1882, p. 573.

que llaman los italianos *madonna/puttana*: la madre de Cristo, pura, sagrada y dulce, contra la mujer tentadora, sensual y sexual. Veremos que esta caricatura es una falsificación, y que se puede de-construir la notoriedad de «La Éboli» para descubrir una mujer inteligente y valiente, aunque hay que considerar al menos la posibilidad de que se enamorara de Antonio Pérez una vez viuda.

Habría sido más difícil escribir este libro si James Boyden no hubiera publicado en 1995 su elegante biografía del marido de Ana, y secretario de Estado de Felipe II, Ruy Gómez de Silva, y si otros investigadores no hubieran encontrado material sin publicar en bibliotecas y archivos españoles y en otras partes, material al que los principales biógrafos de Ana —Gaspar Muro y Gregorio Marañón— no tuvieron acceso o que no tomaron en cuenta¹⁸. Boyden nos proporciona una historia detallada de la vida política, económica, legal y personal de Ruy Gómez, con documentación muy precisa y un análisis excelente de sus relaciones con Felipe II y los valores que compartían. Muy útil para nuestro libro ha sido la relación minuciosa de sus asuntos financieros —sus compras y sus gastos—¹⁹. Ruy Gómez había disfrutado de crédito casi sin límites debido a su puesto como secretario de Estado y contador mayor de Hacienda, y había gastado en consecuencia, acumulando rápidamente tierras y villas en Guadalajara, pagadas con dinero prestado, para compensar las rentas reales vitalicias que terminarían con su muerte o con la de su mujer. Cuando murió en julio de 1573 Ruy Gó-

¹⁸ BOYDEN 1995, MURO 1877 y MARAÑÓN 1998. La biografía de Marañón, originalmente publicada en 1947 en dos tomos, contiene varios capítulos sobre la princesa de Éboli. Otros libros y artículos se basan principalmente en la información contenida en Muro y Marañón, sin añadir nada nuevo de importancia. Excepciones son SPIVAKOVSKY 1977, que sí proporciona y hace uso de nuevos datos, y algunos historiadores locales de la provincia de Guadalajara que han encontrado y utilizado nueva información sacada de distintos archivos locales (véanse, en particular, ALEGRE CARVAJAL 2003, 2013, 2014b y 2014c; ARES 2005, y GARCÍA LÓPEZ 1994, 1998, 2009 y 2010).

¹⁹ Fundamental para esta biografía y fuente de mucho material nuevo son los legajos que se encuentran en la sección de Consejo y Juntas de Hacienda del Archivo General de Simancas. Allí fueron a parar los papeles de Juan de Escobedo, el que fue secretario de Diego Hurtado de Mendoza y luego de Ruy Gómez de Silva. Además de sus propios papeles, guardó todas las cartas que recibió de estos dos hombres (y también de sus mujeres) y cartas que ellos recibieron de otros, por lo que se puede seguir la vida íntima de Ana de Mendoza, de sus padres y de su marido como nunca antes se ha hecho. Y no sólo cartas, sino también cuentas de gastos y otra información financiera.

mez dejó a su joven mujer con seis hijos y profundamente inmersa en deudas, de hecho, al borde de la bancarrota, pero con bienes sustanciosos que pudieran heredar sus hijos. Estaba ultimando sus planes para esta herencia cuando murió.

Al mismo tiempo, la propia herencia de Ana como hija única de dos nobles ricos era precaria, pues las mujeres solamente heredaban cuando faltaba un heredero varón. Su primo hermano (sobrino de su padre), don Íñigo de Mendoza y de la Cerda, futuro marqués de Almenara, tenía, por tanto, más derecho que ella a aproximadamente la mitad de los bienes que podía heredar. Una nueva y extensa documentación sobre los gastos, los préstamos, la contabilidad, y la dependencia de Ana de varios prestamistas, siendo el principal Melchor de Herrera, marqués de Auñón, además de una evaluación exhaustiva de las rentas que recibía de sus estados en Guadalajara e Italia, ha permitido una mejor comprensión del mundo financiero en que se movía Ana de Mendoza.

Otros estudios históricos recientes, y no solamente de la historia de la mujer, sino también de Felipe II, su Corte y las instituciones políticas de los Habsburgo, ofrecen nuevos contextos en los que entender su vida. El cuatrocientos aniversario de la muerte de Felipe II en 1998 dio lugar a nuevos y valiosos estudios sobre el rey y su reinado, algunos basados en nuevas investigaciones de archivo, aunque, lamentablemente, la misma ocasión produjo pocos estudios sobre mujeres de la época, incluyendo a Ana de Mendoza. Unos años más tarde, sin embargo, aparecieron varios²⁰. Aun así, y con algunas omisiones, estos trabajos han hecho posible interpretar su vida de manera variada y subrayar los distintos modos en los que parece haber sido bastante convencional, y otros en que no lo era. De mayor importancia para sus biógrafos, Ana fue una corresponsal incansable, y sus cartas, que hemos reunido por primera vez en un volumen, al lado de todos los documentos legales conocidos que hizo otorgar y firmó, son seguramente la mejor fuente para una nueva interpretación de su vida²¹. Mediante estas cartas y documentos ella ha escrito su propia vida.

²⁰ Hay un ensayo muy útil sobre fuentes y bibliografía en PARKER 2010, pp. 1035-1049. Véanse también NADER 2004 y COOLIDGE 2010.

²¹ Véase DADSON y REED 2013.

El mayor ímpetu, por tanto, para esta nueva biografía es una cantidad muy aumentada de material original, en gran parte desconocido, material que enriquece enormemente aspectos importantes de la vida de Ana de Mendoza. En particular, arroja nueva luz sobre su competencia financiera y, también, sus apuros económicos, su dedicación total a sus hijos y su bienestar, su educación, la naturaleza de su religiosidad, su papel como mecenas, sus amistades y relaciones con importantes personajes históricos además de con su propia familia, su afán litigioso, y su capacidad en emplear el sistema legal para su propio beneficio.

Después de que Muro terminara su biografía en 1877, se descubrieron más documentos en la biblioteca privada del conde de Valencia de don Juan. Aunque Muro añadió al libro impreso un segundo apéndice, su contenido no pudo ser incorporado a la narración de su vida. De igual importancia, los documentos que tratan de sus primeros años en la corte, publicados en el tomo 97 de CODOIN en 1890 (posterior, por tanto, al libro de Muro), proporcionan información muy valiosa sobre aquel período tan formativo de su vida, su relación tempestuosa con su padre, el nacimiento de su primer hijo, su amistad y dependencia del secretario de la familia, Juan de Escobedo, el mismo asesinado más tarde por Antonio Pérez. Estos documentos pasaron inadvertidos ante muchos eruditos, entre ellos Muro y Marañón, probablemente porque en ellos se la llama condesa de Mérito, en vez del título más conocido de princesa de Éboli. Un importante artículo de Erica Spivakovsky en 1977 narra los sucesos más importantes de estos años de juventud, utilizando para ello los ya mencionados documentos, si bien unos cuantos documentos no publicados en aquel volumen revelan aún más²².

El historiador catalán Joan Reglà ha hecho mucho por iluminar la historia de Aragón y Cataluña y el papel del padre de Ana, Diego Hurtado de Mendoza, como virrey en ambos reinos²³. Rodríguez-Salgado ha estudiado la transición del imperio de Carlos V al rei-

²² Véanse CODOIN 1890a y SPIVAKOVSKY 1977. En DADSON y REED 2013 se encuentran publicados algunos de estos nuevos documentos; otros (por no ser directamente de mano de la princesa) se citan aquí por primera vez.

²³ Véase REGLÀ 2000.

nado de Felipe II y las relaciones complejas entre padre, hijo, e hija regente (la infanta Juana), además del papel de Ruy Gómez de Silva como consejero principal de Felipe²⁴. Más recientemente, la misma historiadora ha examinado el reinado de Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe, y su casa, que mejora notablemente nuestros conocimientos de cómo Isabel desempeñó su papel como reina de España y esposa del rey en esos años²⁵. Gracias a estas extensas investigaciones, las cartas privadas de Ana, su madre, Ruy Gómez, y su padre Diego se contextualizan históricamente mejor.

Un período de la vida de Ana que quedó casi sin explorar por Muro y Marañón es el de su encarcelamiento en Pastrana bajo la administración, primero, de Pedro Palomino entre 1582 y 1588 y, luego, de Alonso del Castillo Villasante entre 1588 y 1592. Marañón la despacha como «cívicamente muerta» y presupone que estuvo encerrada en su palacio durante aquellos años. Como dice de Felipe II: «Hizo con la Princesa lo mismo que con su propio hijo»²⁶. Muro, lamentando la falta de documentación, recurre a la idea de que su encarcelamiento era típico. Una fuente aún más vieja, la *Historia genealógica de la Casa de Silva* (1685), incluso supone que pasó todos esos años enclaustrada en un convento²⁷. Ahora, muchos documentos desconocidos han salido a luz y revelan lo que pasó en esa etapa de su vida. A esto hay que añadir más de cuarenta cartas sin publicar a su hijo favorito Diego, su aliado más cercano y su portavoz en la corte²⁸. La persistencia de Ana de Mendoza durante aquellos años en defenderse y el grado de independencia que consiguió, a pesar del desfavor real y su semi-encarcelamiento, son asombrosos e inevitablemente nos llevan a revisar todo lo que creíamos saber.

Algunas investigaciones modernas se han centrado en la vida religiosa de las mujeres del siglo XVI. En efecto, el estudio de mujeres

²⁴ Véase RODRÍGUEZ-SALGADO 2008, 2.ª ed.

²⁵ RODRÍGUEZ-SALGADO 2003a y 2003b. En cuanto a datos sobre los Éboli para estos años, las fuentes mejores siguen siendo GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO 1949 y la correspondencia de los embajadores franceses, especialmente Fourquevaux, en DOUAI 1896-1904.

²⁶ MARAÑÓN 1998, pp. 473-474.

²⁷ SALAZAR Y CASTRO 1685, t. II, p. 527.

²⁸ Ahora publicadas en DADSON y REED 2013. Véase también REED 2004.

religiosas ha sido el portal para un mejor entendimiento del papel de la mujer en general, y de cómo los hombres y las mujeres vivían en la España de la temprana Edad Moderna²⁹. La visión tradicional de Ana como mujer religiosa ha sido dominada por escritos carmelitanos, que empezaron con Santa Teresa, y esta visión ha sido casi unánimemente negativa. El hecho de que Teresa de Ávila fuera canonizada años más tarde y de que trasladara a Segovia el convento de monjas que Ana había patrocinado en Pastrana, por los problemas que ella causó en él, ha perjudicado mucho a Ana. Hace falta ahora una reinterpretación de aquel incidente y de las creencias y actividades religiosas de Ana de Mendoza durante su vida, una reinterpretación basada en nueva documentación³⁰.

Desde una edad muy temprana, Ana de Mendoza era una cortesana encantadora, pequeñita, emprendedora, y experta en salirse con la suya. Miembro de una familia noble literaria y esposa del favorito de Felipe II, conocía íntimamente a personas de alta importancia política, entre ellas el mismo rey, y ella se carteaba con todos. Era la madre dedicada de diez hijos, seis de los cuales sobrevivieron a la mayoría de edad. Viuda a la edad de treinta y tres años, luchó por retener su poder y herencia, además de asegurar la posición social de su familia mediante matrimonios ventajosos de sus hijos y continuos pleitos³¹. Sus ambiciones parecen haber sido en parte matriarcales, es decir, avanzar la fortuna y el bienestar de sus hijos, y es posible que, al intentar realizarlas, traspasara los límites de la prudencia. Sin embargo, esta interpretación es insuficiente para explicar sus relaciones con Antonio Pérez, sea cual fuera su naturaleza.

Hace veinte años, Alfredo Alvar Ezquerro escribió lo siguiente sobre Ana de Mendoza, Antonio Pérez y Felipe II: «resulta que desde hace tiempo lo que tiene que ver con este trío está casi todo escrito, pues no ha vuelto a ser tema de investigación profunda, ya que gran parte de la documentación estructural es bien conocida, y resulta muy difícil romper el mito de los amores, por más que sea absurdo», po-

²⁹ Ésta es la tesis de un artículo reseña de POSKA 2008 que contiene también una bibliografía muy útil.

³⁰ Un trabajo muy importante y revelador a este respecto es ALEGRE CARVAJAL 2013.

³¹ Aunque trata de una época posterior a la de Ana de Mendoza, es de obligada lectura el estudio de TERRASA LOZANO 2012 sobre los pleitos de los duques de Pastrana.

niendo en duda, casi, la necesidad de otra biografía³². Sin embargo, no «está casi todo escrito», ni mucho menos es todavía bien conocida «gran parte de la documentación estructural», e iluminar todos los sucesos de la vida de Ana de Mendoza a la luz de la nueva documentación disponible es el principal objetivo de esta biografía.

Y para que la versión presentada sea tan verdadera y desapasionada como posible, esta documentación se integrará con sus cartas, muchas de las cuales acaban de ser publicadas y conocidas solamente ahora. Otras cartas tuyas, desde luego, faltan, o porque fueron destruidas a propósito o porque simplemente no fueron guardadas o tal vez porque están aún sin encontrar. Por ejemplo, no tenemos ninguna carta tuya a sus padres, suponiendo que alguna habría escrito, al menos a su madre³³, y ninguna de sus cartas a Antonio Pérez ha llegado a nosotros, de manera que su relación con él ha de deducirse de documentos legales y financieros, o de cartas de otros, tanto amigos como enemigos, que contienen algún comentario o chismorreo malicioso. Del mismo modo, quedan muy pocas cartas dirigidas a ella, cuando sabemos que era una corresponsal incansable que enviaba y recibía cartas casi a diario³⁴.

Ana de Mendoza era una mujer que andaba en boca de todos a causa de su belleza, su linaje, su matrimonio y, sobre todo, su personalidad. A nadie dejaba frío, todos tenían una opinión de ella, buena o mala. Hasta ahora, la mala es la que ha dominado en la historiografía; tal vez sea hora de dejar a un lado la figura mitológica, la leyenda en que se ha convertido la princesa de Éboli, e ir a buscar a la verdadera Ana de Mendoza y de la Cerda. Porque en su caso la realidad supera con creces la ficción.

³² ALVAR EZQUERRA 1993, p. 9.

³³ SPIVAKOVSKY 1977, p. 32, habla de unas cartas escritas a su madre guardadas en Simancas: «Como Ana tenía un temperamento muy susceptible, incapaz de controlarse a sí misma cuando se sentía contrariada (así aparece en las cartas a su madre en este tiempo que se guardan en Simancas)», pero, a pesar de la ayuda de los archiveros, estas cartas no han aparecido, lo que nos hace pensar que tal vez la cita esté mal y que en vez de «cartas a su madre» debería decir «cartas de su madre», cartas que sí existen y que citamos en esta biografía.

³⁴ Sobre la falta o pérdida de cartas véase DADSON y REED 2013, pp. 18-24.



Alonso Sánchez Coello, *El príncipe don Carlos*, 1555-1559.
Óleo sobre lienzo, 109 x 95 cm. Madrid, Museo Nacional del Prado.

le había enviado el regalo «pour tesmoingnage de contantement que j'ay de la grande affection et dévotion que je scay que vous portez à la Royne catholique ma fille»⁵⁰. Una carta enviada el mismo día al obispo de Limoges, su embajador en España, aclara que el anillo era

⁵⁰ FERRIÈRE 1880-1887, t. I, p. 588; carta citada en GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO 1949, t. I, p. 184.



Alonso Sánchez Coello, *Joven desconocida*, siglo XVI.
Óleo sobre tabla, 26 x 28 cm. Madrid, Museo Nacional del Prado.

en diciembre de 1564. La fecunda Ana, por tanto, representa en este retrato pastoril la maternidad ¹¹⁷. Es el primero fechable donde lleva el famoso parche sobre el ojo derecho, lo que hace pensar a María Kusche que «aprovechando el disfraz de la comedia, la princesa se puede haber presentado por primera vez con el ojo cubierto del trenzado de su pelo, llevándolo coquetamente, como si fuese un emplastrillo [...] tal vez la pintora lo hizo espontánea-

¹¹⁷ Véase ARES 2005, pp. 247-249, que recoge las opiniones de María Kusche en un artículo suyo, «Nuevas atribuciones a Sofonisba Anguissola. Los retratos de la princesa de Éboli», que no se publicó debido a su muerte.



Sofonisba Anguissola, *Juana de Austria con una niña*,
hacia 1561-1562. Óleo sobre lienzo, 194 x 108,3 cm.
Boston, Isabella Stewart Gardner Museum.



Vista aérea del palacio ducal de Pastrana y plaza de la Hora con el monasterio de San Francisco al fondo. Imagen cedida por Esther Alegre Carvajal.